



José de Benito

Tres estampas de Larra

De Estampas de España e Indias

▽△

Raya francoespañola, 1813

Redobla el trueno, saltando de peñasco en peñasco por el angosto valle del Bidasoa. El alto de Urruña se encapota en el anochecer entre jirones de nubes que velan los caseríos de la tierra vascofrancesa. Calados por los chubascos persistentes, con su andar cansado de autómatas que van a la muerte gloriosa por un sentido de conquistador profesional, los granaderos de Napoleón regresan a su tierra, esta vez sin brillo ni gloria. Decorados con cabestrillos y vendajes que la sangre y el barro casi ocultan, atraviesan el puente de la raya francoespañola, en el puente fronterizo de Behovia.

La estrella del corso Bonaparte no brillará ya esta noche en el celaje cargado de la barrera de los Pirineos. ¡Qué lejanos los recuerdos de las noches estrelladas de Egipto y de las jornadas de Jena y Austerlitz!

En fila interminable, carros militares de impedimenta avanzan con lento caminar por la carretera en sordo chapoteo de caballos mal herrados. Algún juramento y el eco lúgubre del redoble de los truenos encajonados en la cordillera, sirven de música de fondo al espectáculo de la derrota.

El águila imperial vuelve hecha jirones y sin brillo en las pocas plumas que le quedan de su sueño de España. Un pueblo inerme, sin cultura y sin rey, con su solo coraje, fue el muro infranqueable en el que ciega se estrelló el ave ambiciosa que pensara cobijar bajo sus alas recias y protectoras todo el ámbito humano.

-160-

▽△

Paréntesis retrospectivo

Cinco años antes, en la villa de Castrillo de Duero se alojaba en fácil «paseo militar» una sección de dragones del emperador. El sargento, que a su llegada caracoleaba orgulloso en la plaza del pueblo, trató de maniobrar como en terreno conquistado con una guapa moza, hija de sus huéspedes. El prestigio de sus mostachos le rindió en distintos paralelos la altivez de otras mozas. Pero ésta sabe resistir firme ayudada por la memoria de su galán y el amparo de sus padres. El señor sargento no comprende el rechazo, y en movimiento colérico maltrata de obra a la familia.

La noticia llega al bravo mocetón que corteja a la muchacha. La ira le enciende. Su honradez se revuelve ante el agravio. Apresuradamente se dirige a la pequeña iglesia del lugar, y allí, ante sus amigos que le acompañan, pronuncia estas palabras: «Juro por Cristo y por su Santísima Madre y por todos los santos, luchar contra los sanguinarios invasores, matarlos y

deshacerlos por cuantos medios estén en mis manos y no cejar hasta que mi patria quede libre de su presencia, hasta que ni una sola planta francesa pise el suelo español.»

En ciega carrera sale el joven labriego de la iglesia, alcanza al ofensor de la muchacha y le deja en el campo, brillando sus galones al fino sol de Castilla, para pasto de cuervos. Luego organiza una partida y se echa al monte, sorprendiendo patrullas francesas que son, sin piedad, pasadas a cuchillo.

El mozo, llamado apenas Juan Martín, cumplió su juramento, y su apodo popular de *El Empecinado*, corría en labios orantes de españoles patriotas, haciendo estremecer su evocación a los apuestos oficiales del imperio.

* * *

-161-

... y salían por Behovia los últimos invasores, ensanchando el corazón de los bravos, que como Juan Martín juraron no darse reposo..., pero con los franceses cruzaban la frontera familias españolas que buscaron acomodo junto al rey José.

Sentados en haces de paja húmeda y pestilente, de aspecto repulsivo, bajo la lona sucia de un carro de intendencia militar, pródigo en goteras, un caballero casi cincuentón, una señora joven y un niño de cuatro años se estremecen en tiritones de frío. El chiquillo lloriquea acurrucado junto a su madre. El caballero trata de mantener su empaque -labor difícil en aquel ambiente-, y al asomar por la trasera del carruaje la cabeza de un funcionario que en rápida inspección a la luz vacilante de una antorcha escudriña el triste cuadro, dice con aire enfático:

-Doctor Mariano Antonio de Larra y Langelot, y familia.

El funcionario los contempla durante unos instantes, mientras el niño domina con sus gritos nerviosos las últimas palabras de su padre y el concierto tétrico del exterior, y prosigue su inspección en sucesivos carros.

Lentamente el vehículo gana la orilla francesa del puente. Dos relámpagos, seguidos muy de cerca por horrisonos truenos, hacen persignarse a la joven madre y crispase a su hijito. Don Mariano Antonio no puede contener un gesto malhumorado de impaciencia y desdén. Ya en ruta hacia Bayona, el pequeñuelo, en brazos de la madre, que lo arrulla, logra cobrar el sueño, cortado todavía de cuando en vez por un hipo nervioso que le hace estremecer.

Hijo de afrancesado, débil físicamente, malcriado, nervioso y sin el calor familiar de un hogar bien avenido, el chiquillo Mariano José de Larra, que pasó la frontera para Francia en 1813, estaba ya predestinado al romanticismo y a un fin trágico.

-162-

▽△

La tertulia de «Fígaro», 1835

Sala del Parnasillo en el Café del Príncipe. La luz vacilante del quinqué que cuelga en el centro, trata de llegar, perforando el humo denso de los cigarrros, a los raídos damascos rojos de las paredes. En el rincón del fondo -entrando a la derecha- forman círculo a un velador cuatro chisteras negras. De ellas cuelgan sujetando caras de color de cirio, cuatro barbas muy en el ambiente. La del señor marqués de Molins -don Mariano Roca de Togores- destaca por su brillo. Las otras le sirven de resalte y corte de honor. Aún no hace diez minutos los cuatro caballeros aplaudían con gesto entre inteligente y despectivo desde un palco proscenio del Teatro del Príncipe, la primera representación del drama que acaba de estrenar su buen amigo, secretario del Estamento de Próceres, don Ángel de Saavedra, duque de Rivas. Los cuatro contertulios comentan la osadía del autor de este *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

-Por cierto -dice el señor marqués-, quisiera yo conocer el juicio de *Fígaro*, a quien he visto en una luneta de la cuarta fila, y que me extraña se retrase tanto. Si no es -añade con estudiada pausa- que ande alguna dama de por medio.

Mientras el marqués acaba su parlamento, atraviesa la salita con seguro continente y como al conjuro de la evocación la silueta de Mariano José de Larra. Envuelto el cuello en un plastrón de raso café oscuro, ceñido el cuerpo enjuto por levita del mismo tono, en la mano derecha la bimba reluciente y enmarcado el rostro largo y cetrino por barbita rala y escaso pelo alborotado, el crítico mordaz que se sabe temido, se acerca con sonrisa enigmática a sus contertulios, planea en lento ademán sobre una silla, encarga a Pedro, el viejo camarero, una taza de chocolate con un mojicón tierno, y librando con un gesto que quiere ser mundano, sus dedos afilados -163- y nerviosos de la prisión de unos guantes de cabritilla gris, pone su paño al púlpito.

Las palabras salen como arrastradas de entre sus labios incoloros. Recibir la merced de escucharlas es premio de elegidos y el propio orador no puede castigarse a perder el regalo de sus sutiles pensamientos.

-Ya les he visto, señores, aplaudiendo a nuestro duque esta noche. Plausible intento de Saavedra con el *Don Álvaro...* y algunas cosas muy en su punto. Recuerdo aquellos versos que dice el don Carlos inspirados en mi crónica *¿Entre qué gente estamos?* publicada en noviembre. Y suenan bien:

Estoy, ¡vive Dios!, corrido
de verme comprometido
a alternar con esta gente.

Porque la verdad es que aquí nadie sabe ocupar su puesto. No hay jerarquías, ni respeto a la inteligencia. Todos somos unos. Cualquiera se cree con derecho a opinar sobre lo divino y lo humano. Seguro estoy que si le preguntásemos a ese anciano Pedro qué le parecen los admirables versos de don Juan Bautista Alonso, que para mí reputo por lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua, nos diría sin embarazo un ex abrupto como cualquier redactor de *El Diario de Avisos* o de *El Observador*.

Ante el gesto interrogante de Roca de Togores, *Fígaro*, complaciente, se explica:

-No puedo creer, marqués, que aún no los hayáis visto. Ya hace un mes que están a la venta en la librería de la calle de Carretas. Son asombrosos de inspiración y sencillez y en la última carta que le he escrito a De Vigny le he copiado esta primorosa quinteta:

Salgamos, bella Jacinta,
a ver tu hermoso jardín
y el robledal de la quinta,
pues ya canta el colorín
y el sol tus rosales pinta.

-164-

Claro que en el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española estas poesías caen en el vacío. Pocas inteligencias habrá capaces de apreciarlas. ¡Ah, si fuéramos franceses, qué diferencia! Aquí, con ocuparnos de si Zumalacárregui corre por las montañas de Pamplona y si el Ros y Borjes siguen sus fechorías por Cardona, ya imaginamos cumplida nuestra misión. Por cierto, amigos, que en la redacción de la Gaceta, por la que he pasado esta tarde, me han dicho a estos propósitos que Zumalacárregui había conseguido cortar los puentes que dan paso a la Borunda, ha abierto zanjas y parapetos para impedir su travesía, y ha situado fuerzas en Echarren, cubierto toda la línea con partidas de observación y parece que en Echarri-Aranaz ha quemado varias casas contiguas al puente. Pero ya incido yo en el vulgar trabajo de ocuparme en operaciones como los cien mil estrategas desocupados a los que más valiera callar mejorando con ello el mal gusto reinante que padecemos.

Las palabras de Larra, espesas al principio, van fluyendo luego ante el silencio de sus auditores; ha escurrido la opinión sobre el triunfo del drama de su amigo; ha aprovechado la ocasión para recordar en tintas negras la penuria de España; ha zaherido a sus compañeros de prensa; llenado de elogios

desmedidos a un poeta vulgar que nunca le hará sombra, y criticado la preocupación por una guerra civil que ha de llenar el siglo. Todo esto en el tiempo en que su pocillo de chocolate se ha ido vaciando y el azucarillo tostado que le ha puesto Pedro en el vaso de agua se ha disuelto, tiñendo el agua de color caramelo.

Es el final de una jornada de *Fígaro*. Su acritud se crece ante el silencio ajeno. Pero no le basta el auditorio del Parnasillo; su bilis necesita de una tribuna pública. ¿Por qué, como Saavedra, no ha de ser diputado, aunque para ello se desdiga del credo liberal?

-165-

▽△

Lunes de carnaval, 1837

Grupos de destrozonas en alegres comparsas recorren el salón del Prado con escobas y latas en algarabía goyesca. Nuevas coplas del *Chíbiri* surgen espontáneas sobre los moderados, el fracaso de Istúriz, el Motín de La Granja y los múltiples sucesos políticos del año 1836. El sol poniente del 13 de febrero no calienta los guijarros, ocultos bajo la nevada, de la Carrera de la Virgen de Atocha, por la que suben perezosamente las carretas con bueyes hacia la plaza de Antón Martín. Las tabernas de la calle del Ave María y del Avapiés no dan abasto a despachar tanta clara con limón como trasiegan las reseca gargantas de los castizos que, solos con su borrachera amorosamente cultivada para que dure los tres días de carnaval, recorren calles, callejas y plazuelas golpeando con la mano del almirez el bombo improvisado o sacando roncós sonidos a la zambomba enjaezada que lucen con orgullo. Todo Madrid bulle alocándose bajo el fugaz imperio del dios Momo. No se siente el frío, ni se teme al carlista.

Embromadas constantemente por las pandillas de destrozonas que las rodean y bailan en remedo de danzas litúrgicas, dos damas logran alcanzar la calle de Santa Clara y ganar un portal de no mal aspecto.

-¡Por fin! -exclama la más joven de las dos-. Creí que no llegábamos, Dolores.

-Era preciso hacerlo, hijita. Perdóname, pero hoy ha de quedar resuelto de una vez lo mío con Mariano.

Van a dar las ocho de la noche cuando del portal salen de nuevo Dolores y su amiga. Apenas en la calle, cuatro máscaras sin reparar en las huellas de sufrimiento impresas en el rostro de Dolores, les hacen coro y acompañan su *Chíbiri* con grandes saltos. Ellas tratan de escabullirse, pero los del coro, girando con rapidez -166- mientras cantan, se lo impiden. Va a terminar la canción:

Ay chíbiri, chíbiri, chíbiri,
ay chíbiri, chíbiri, pum.

Y un eco que viene del primer piso repite dominándolo todo: ¡Pum!

Dolores y su amiga palidecen y salen corriendo; los borrachos se miran un instante y sin explicarse tan rápida huida, se agarran del brazo y siguen su ronda por la Villa y Corte.

Arriba en el despacho de *Fígaro*, Adelita Larra se abraza al cuerpo exánime de su padre que yace junto a la pistola con la que, mirándose ante el espejo, se ha levantado la tapa de los sesos.

* * *

Miércoles de ceniza. Gacetilla de cuarta plana de *El Eco del Comercio*: «A las ocho menos cuarto de la noche de anteayer se suicidó de un pistoletazo nuestro distinguido escritor don M. J. de Larra... No nos atrevemos por delicadeza a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe.»

Iglesia de Santiago. Cuatro de la tarde. Nutrido cortejo acompaña por primera vez a *Fígaro*. Son los amigos que para evitar la sepultura de misericordia han costeados los gastos del entierro.

Todavía, entre dos vasos de clara con limón, algunas máscaras saludan en la Glorieta de Atocha el paso del cadáver. *¡Ay chíbiri, chíbiri, pum!*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

